

Necesidad de reconstituir la sociedad y la política en el Ecuador.

CONFERENCIA

sustentada por el Dr. Maximiliano Donoso Ch., ante el Centro Popular "García Moreno" en la sesión del 7 de Diciembre del presente año.



TIP. Y ENCUAD. «PRENSA CATÓLICA»

1920

CONFERENCIA

SUSTENTADA POR EL DR. MAXIMILIANO DONOSO CH., ANTE
EL **Centro Popular "García Moreno"** EN LA SESIÓN
DEL SIETE DE DICIEMBRE DEL PRESENTE AÑO

Señor Presidente; Señores:

El Directorio del Centro Popular «García Moreno», Centro formado al abrigo del más puro patriotismo y espíritu de justicia, a causa de un incidente inesperado, sin que yo lo mereciera, se dignó pedirme que pronunciara una conferencia, y, a pesar de que conozco mi excesiva inhabilidad, he accedido a su deseo, tan sólo por la buena voluntad que tengo de contribuir a la felicidad de mi patria, expresando, con ingenua franqueza, qué males la afligen, qué remedios le convienen, para que, reconstituida, pueda alcanzar el progreso y engrandecimiento a que con justicia es acreedora.

Sí, Señores, al abrigo del patriotismo más acendrado, de la virtud fundamental de todas, la justicia, se ha constituido y organizado este nobilísimo Centro, ya que él se propone rendir homenaje de gratitud al más grande, al más eminente, y quizá, al más sabio de los ecuatorianos: al Sr. Dr. Dn. Gabriel García Moreno, honra no sólo del Ecuador, sino de la humanidad; pues, los grandes hombres, por sus virtudes, haciendo caso omiso de sus pequeños defectos, consecuencia estos de la herencia fatal, manifiestan, con sus raras prendas, su noble origen, la mano bienhechora que los sacó de la nada.

No hay duda, el hombre es un conjunto de pequeñeces y grandezas, de virtudes y vicios, de nobleza y de bajeza. La grandeza en el hombre, la nobleza de sentimientos, las virtudes, le vienen de Dios; la pequeñez, los defectos, de su naturaleza corrompida.

No son grandes los hombres excentos de defectos, no; pues no existen. Los hombres llegan a merecer el calificativo de grandes, cuando a fuerza de continuas luchas,

de trabajo incesante y cruento, de constancia infatigable, durante el curso de su vida, logran el triunfo de su grandeza sobre su pequeñez, de la virtud sobre el vicio, de la nobleza sobre la vileza. ¿Quién puede, Señores, en el curso de la breve cuanto fugaz existencia humana, vanagloriarse de estar exento de faltas? ¿Qué razón, qué derecho nos asiste para exigir de García Moreno excención de defectos?, acaso no fue hombre?

En los hombres pequeños, en los hombres mediocres, todo es pequeño; sus virtudes pequeñas son, sus defectos pequeños son: más, en los hombres grandes, en los hombres como García Moreno, todo es grande: sus virtudes, sus defectos, sus aspiraciones, sus obras. De aquí proviene que los grandes hombres se prestan a múltiples apreciaciones: el hombre virtuoso admira en ellos la virtud; el héroe las acciones heróicas; el envidioso los denigra por los defectos; el ruin, el bajo, ve en los hombres grandes a semejantes suyos, y, por último, la calumnia, la vil calumnia, ese fantasma, de la humanidad, herencia propia de los pigmeos, se complace en denigrar a los hombres grandes, desfigurando sus hechos grandiosos e introduciéndose hasta en el inviolable recinto del hogar para imputarles acciones de las cuales han sido incapaces.

Polígono de muchos lados son los genios: por esto los malvados creen encontrar en el genio sólo maldad, lo estudian únicamente por el lado que les interesa, los defectos, aunque sean de poca significación; el sabio encuentra en él sabiduría; el magistrado ejemplar, su modelo; y lo mismo acontece con el legislador, el honrado, el laborioso, el probo, el valeroso, el sacrificado, el abnegado, el patriota y el Juez recto. Todos ven en el genio a su modelo. Todos, sí, todos: menos la reprobada envidia, la ruin pequeñez; porque el envidioso tiene envidia hasta de los grandes criminales, hasta en los crímenes el envidioso es pequeño y ruin, si perpetra pequeños crímenes es sólo porque no puede perpetrar los grandes.

Espíritus verdaderamente desapasionados, hombres de luces deben emitir su opinión acerca de los genios,—Yo Señores, carezco de la segunda cualidad; pero desapasionado sí soy. No conocí al Grande hombre, no milité ni podía militar bajo su política. Niño fuí, y a mis oídos llegó el fúnebre lamento de un pueblo que se juzgaba huérfano y afrentado; pues, el 6 de Agosto de 1875 desapa-

reció, de la escena de la vida, mediante crimen que no se había perpetrado en la República, el primer Magistrado de ella, el ínclito Presidente Sr. Dr. Gabriel García Moreno.

En la comisión de los crímenes, circunstancia digna de tomarse en cuenta es la de la persona que lo perpetra: si esta es honrada, si antes de la comisión de la infracción ha estado asistida de virtudes, de suponer es que alguna causa impulsiva pudo existir para la perpetración del hecho criminoso; la víctima misma, por tal o cual acto, pudo haber sido origen, aunque injustificado, del atentado: el victimario de García Moreno, ¿fue acaso hombre de prendas? ¿Fue patriota siquiera mediocre?

Y quién fue la víctima? Todo un hombre en el verdadero sentido de la palabra, hombre al cual debemos considerarlo bajo dos aspectos importantes: como ciudadano y como mandatario. Como ciudadano demostró grande amor por el estudio de las ciencias, las que llegó a poseerlas en el grado más perfecto;—La geología, la física, la química, la botánica, el derecho, le fueron familiares. Que nó?,—Interróguese a Míster Sebastián Wiss, en cuya compañía hizo una atrevida exploración al cráter del Pichincha; interróguese a los científicos europeos acerca del aprecio que hicieron del opúsculo que García Moreno publicó relativo al del cráter volcánico de que venimos hablando, y de un modo especial al Barón de Humbolt quien cita el opúsculo de García Moreno como un trabajo notable en materia tan difícil; inquíerese del Dr. Jameson, de Thiers y de Menéndez y Pelayo y otros sabios quién fue García Moreno.

Como polemista, inimitable; qué fibra! qué lógica! qué argumentación tan robusta y galana; ¿quien no ha leído la defensa que hizo de los jesuitas? Fue eminentemente erudito, digno de justa envidia: sobre saber varias ciencias, discernía con admirable maestría lo mismo sobre medicina que sobre geología, discutía sobre puntos de derecho con admirable acierto; sabía latín como Cicerón y citaba los poetas de Lacio como si no se hubiera dedicado a otra cosa durante su vida: fue matemático, astrónomo y hasta poeta; entre sus numerosas composiciones ahí está su epístola a Favio. García Moreno era hombre que todo lo estudiaba, todo lo abarcaba con su prodigioso talento, era hombre de consulta.

En el corazón de un hombre de esta naturaleza, de semejante temple, de acero bien forjado, debía necesariamente, encontrar adecuado albergue la virtud, y por esto, como por su colosal inteligencia y profundos conocimientos, fue nombrado para Rector de la Universidad. Allí, en ese recinto del saber, es en donde sobresalieron más las dotes de este Mecenas extraordinario.

En el año de 1858 la República se encontraba en estado de completa anarquía: la más ruin de las demagogias había sentado su trono en la República. El General Urbina se había hecho proclamar en Cuenca, el General Guillermo Franco en Guayaquil y en Quito fue proclamado García Moreno. El fin de este estado de cosas fue que García Moreno resultó elegido para el desempeño de la Magistratura por la Convención Nacional de 1861. Entonces García Moreno puso de relieve todas las cualidades y grandezas de su espíritu: enérgico, activo, severo, valiente hasta la temeridad, nada le arredraba, nada temía; era águila que levantaba su vuelo hacia regiones desconocidas, preocupábale la consecución de la felicidad social y de su patria. Iba derecho a su objeto sin pensar en los obstáculos, sin evitarlos, los dominaba: Los nudos gordianos que se le presentaban en su camino desaparecían al momento, los cortaba con el arma de su poderosa inteligencia y voluntad enaceradas.

No proclamó, como principio de su gobierno la insuficiencia de las leyes, según así afirman sus enemigos, sino que ponía pronto y eficaz remedio a los males que, no sancionados por la ley, se cernían amenazantes contra el orden y la tranquilidad pública; pues él sabía, más que nadie, el principio consagrado por el eminente Portalis, que primero hubo hombres antes que leyes, y que estas nunca pueden preveer los males que pueden presentarse contra la paz, tranquilidad y seguridad de la patria.

Por tal causa, en cierta ocasión sus palabras fueron estas: «Siendo imposible salvar al país de la anarquía, gobernando de acuerdo con la Constitución, he tomado sobre mí la responsabilidad de gobernarla según mi propio juicio, teniendo en cuenta las necesidades públicas». Y en efecto, Señores, el legislador dicta la ley para que por ella sean gobernados los hombres: pero cuando estos pierden el juicio, cuando por viles pasiones descenden a la esfera de brutos, cabe que sean gobernados se

gún la ley? Decidle a la pantera cuando va a cebarse en la víctima, que esta tiene derecho a la vida, os hará caso alguno? haced lo mismo con cualquier otro animal carnívoro, y ya veréis si sois escuchados. Para la anarquía, para la demagogia, no se hicieron las leyes, estas son para los hombres: la anarquía, la demagogia, la traición, son viles insectos venenosos que infectan el ambiente de la patria; a los insectos, a los animales carnívoros se los pisa, se los tritura, se los mata, antes del zarpazo, antes de que claven el aguijón, y García Moreno era el genio pisador y triturador de insectos, el matador de carnívoros feroces que amenazaban dar muerte súbita a la República. Por esto lo llaman tirano sus enemigos.

La anarquía es sin duda alguna el peor de los males que pueden afectar a un pueblo; cuando un pueblo se halla anarquizado es cuando los viles despiertan su ambición para adueñarse del poder y causar todo género de daños. En estado de anarquía, ¿sería justo que los sabios no tengan ambición por el poder, para gobernar al país según los preceptos eternos e inmutables del derecho? Por qué se ha de mirar con punible indiferencia, si es que no se alaba, la ambición de mando en los perversos?, y por qué se ha de condenar la ambición de los buenos por el poder, cuando un país se encuentra anarquizado?

Si a García Moreno le hubiera sido posible personificar a la anarquía, a la demagogia, a la traición, a la envidia, a la alevosía, a la injusticia, al robo, a la calumnia, a la desvergüenza; a la adulación, a la hipocrecía, al servilismo, al militarismo corrompido y traidor, al clericalismo ambicioso de oro y corruptor; a todos estos, bajo su imperio benéfico, los hubieramos visto subir al cadalso, y, entonces, con vida hubieran permanecido los Viola, los Maldonado, los fusilados en Jambelí y otros. García Moreno no odiaba a los hombres; odiaba a los vicios, a los crímenes.

Todo venía prostituyéndose, lamentablemente, desde tiempos anteriores a la Magistratura de este grande hombre: el clero, bien honrosas excepciones no tenía otra ambición que la de el oro; las autoridades, so pretexto de vigilar los derechos y fueros de la Iglesia, habían corrompido al clero, y este, además de corrompido era corruptor; pues, no observaba las leyes de la moral;

el militarismo más torpe, abusivo y traidor, era el árbitro de los destino de la patria, y si no existía torpeza en los de alta gerarquía, estaban poseídos, al menos, de una desenfrenada ambición, y hasta osaban traicionar a la patria, como aconteció con aquel General que después de haber gobernado la República durante muchos años, pretendió volver a su dominación por medios criminales: la expedición española!

El genio no destruye a lo bueno que se daña, no: lo compone. Sólo lo incomponible destruye. Por eso, durante su gobierno, reformó al clero, fundó el colegio de cadetes que tan opimos frutos produjo. Así comenzó a dejarse sentir en la República el aroma de las virtudes ciudadanas, la luz de las ciencias, el aura de la libertad y el orden; y, las aves de rapiña tornaron asus guaridas; así, finalmente, comenzó para todo lo bueno, menos para el mal y los malhechores, una era de paz, de tranquilidad, de sociego inalterables.

Amparado por la paz, García Morono, se empeñaba por el progreso de la patria. Encontró que la legislación era un caos, y promulgó el monumento de sabiduría que se encuentra concentrado en el Código Civil que nos rige; las ciencias naturales nos eran desconocidas, fundó la escuela politécnica; las artes en gérmen, construyó la casa de artes y oficios dotándola de excelentes maestros; los infractores y criminales no tenían un lugar adecuado en donde expiar sus faltas y adquirir conocimientos de moral, y construyó el panóptico; la música clásica y los clásicos instrumentos eran desconocidos, fundó el Conservatorio Nacional; las observaciones astronómicas y meteorológicas ignoradas e imposibles, construyó el Observatorio; la agricultura se hallaba atrazada, la protegió decididamente; el comercio con el exterior era imposible, lo mismo que con los pueblos del litoral, construyó el ferrocarril y la carretera que lleva su nombre, sin celebrar contratos onerosos para la República; la instrucción Pública estaba en atraso, fundó colegios y escuelas con maestros competentes; la justicia se hallaba desprestigiada, la restableció procurando que los jueces y Ministros de las Cortes fuesen personas de talento, instrucción y probidad; la ciudad de Quito tenía calles intransitables, las compuso, empleando a los soldados en esta labor; la integridad del territorio patrio en completo descuido, en-

vió hombres apostólicos al oriente a infundir las salvadoras doctrinas del evangelio entre los salvajes; la hacienda pública en completa bancarrota, introdujo el manejo honrado de sus rentas, la estricta recaudación e inversión de las mismas; en esta materia, sobre todo, fue mandatario sin tacha, fue un modelo; el agio, el peculado, la concusión en apogeo, tomó el azote en su poderosa diestra y arrojó del templo de la patria a tan inicua gente; a los que hablaban de libertad religiosa, de pensamiento, de palabra, de conciencia, de la prensa, les decía: «Habláis sólo de derechos, pero nunca de los deberes de la religión, de la conciencia, del pensamiento, de la palabra, de la prensa; sois tan sólo liberticidas, y, además irreligiosos; los derechos del hombre no son ilimitados, deben ejercerse en armonía con el cumplimiento de los deberes recíprocos»; encontró al pueblo gimiendo bajo el peso abrumador de las contribuciones, alivió su desesperante situación; sobrevino catástrofe a la República a causa de un terremoto, cual águila voló al lugar del siniestro a proteger a los infelices mirando por su sustento e impidiendo con energía la comisión de atentados que a las catástrofes suceden; los empleados públicos desempeñaban sus cargos más por el interés del lucro que por servir a la patria, les obligó la puntualidad y al trabajo; en las guerras fratricidas, fruto de la más despiadada demagogia se derramaba torrentes de sangre, mezclada con lágrimas de viudas y huérfanos, capaz de teñir los ríos de la patria y de fecundar sus tierras, y rocas, entonces el genio, en vez de salir al encuentro del revolucionario y de abrazarlo, considerando a la patria como madre y como la más preciada joya de oro puro y fino, aprendía a los cabezallas, los fusilaba, manifestando que a los corruptores del oro los reprime el plomo.

Y así, Señores, comenzó una era feliz de paz, de tranquilidad, de sosiego para la República. Entonces, a la sombra del orden, presididas por la bienhechora paz, las ciencias, las artes, las industrias, el comercio, la agricultura, entonaron el himno del trabajo; y el progreso se dejó sentir poderoso en la República. Este fue, Señores, García Moreno, este el genio de la patria al cual se le ha dado el calificativo de tirano; este al cual también se le llama ambicioso vulgar. Su tiranía, su ambición, no consistieron sino en no dejar que su patria fuese víctima

de la demagogia, en corregir con mano vigorosa, de hierro, a los perturbadores de la paz pública, para que así su patria llegase a la cima de la felicidad a que tiene perfecto derecho. Como paréntesis dichoso de la amarga vida colonial y de la no menos amarga vida independiente, de nuestra turbulenta República, puedo considerar a la administración del genio de García Moreno. No me mueve a afirmar esto odio ni pasión, menos interés; separado he vivido, desde niño, de la impolítica que ha regido los destinos de la patria, de esta madre idolatrada, en la que han venido infiltrándose, desde remotísimos tiempos, males que la amenazan de muerte. Ella, agonizante, dolorida, con el rostro demacrado, demandando está de sus hijos que la reconstituamos social y políticamente.

Reconstituamos, pues, Señores, la sociedad y la política, sobre las bases inmovibles de la Religión, de la moral, y del irrestricto respecto, a la autoridad; tengamos siempre presente que la fuerza de un pueblo está en su respeto a la autoridad; es decir a la ley, a los magistrados; la sumisión servil, sea vicio desconocido para nosotros, pero la sumisión digna, decorosa, noble, sea una de las principales de nuestras virtudes; tengamos presente lo que pasó en Atenas, con la anarquía, lo mismo que en Grecia y en todos los países en que este monstruo ha sentado su impuro trono; si nos vienen malos gobiernos obedezcamos y confiemos en que el Supremo de los Reyes pondrá oportuno remedio al mal, después de que quedemos escarmentados; No véis ahora mismo cuánto hemos ganado teniendo un Magistrado de prendas en el poder? Lo ha elevado acaso la revolución? Huyamos de la impolítica, y entonces, veremos que nuestra madre, la patria, poniéndose de pie, sale del estado de postración en que yace y se encumbra gloriosa hacia el pináculo de grandeza, poderío, e inmortalidad a que han llegado los pueblos poderosos.

Al juzgar por lo que ha pasado y está pasando en la República, desde la época colonial, se puede asegurar que ningún vínculo poderoso de unión ha existido ni existe entre los que fueron colonos de España y los que ahora somos ecuatorianos. No hemos respirado otro ambiente que el de desunión: desunión en las familias, en la sociedad, en los partidos políticos, o denominándolos si tuviese franqueza impolíticos, ha produci-

do siempre descontento general. Por todas partes han reinado el odio, la envidia, las sospechas, la codicia, la explotación desvergonzada, las luchas, no para alcanzar un fin noble y elevado, sino la recíproca destrucción de los unos por los otros, y, por consiguiente, la ruina de las patria, y de la sociedad. Los partidos políticos, (o impolíticos) en vez de contituir un conjunto armónico y bello, mirándose como hijos, más o menos aventajados, de una misma madre, se han tornado insoportables, porque sólo propenden a su mutua destrucción, y, por tanto, a la de la patria.

Los legisladores en vez de acudir al recinto de las leyes, con mirada penetrante, con balanza y espada cual hijos de Júpiter y de Temis, para expedir leyes sabias y moralizadoras, vánse a ese lugar a profanarlo, expidiendo leyes que no miran al bien general, sino al bien del partido, al de la causa y aun al provecho individual de ellos mismos, de sus familias, o de una sección de la República, con innegable perjuicio de las otras; ¡como si en el relicario de la madre común fuesen dignas de desprecio todas sus joyas menos la perla! Y con todo esas leyes, en vez de ser el blanco del veto del Magistrado, son sancionadas y ejecutadas. Así se han expedido leyes contra la religión, contra las buenas costumbres, contra la familia contra el matrimonio que es su fundamento; y así ha decaído la autoridad paterna y la fidelidad conyugal es ya problema. Se ha corrompido, pues, la sociedad; ¿no vemos los horripilantes crímenes que se están perpetrando?, ¿no vemos que ante el horror del crimen como que va enfriándose esa especie de estupor, de admiración, que antes producían en la sociedad?

Los padres de familia no cuentan con medios adecuados y eficaces para educar, ilustrar y corregir a sus hijos: a estos por la prensa, en todos tonos, en todos lugares, en todos tiempos, en casas, plazas, teatros, se les habla sólo de libertad, jamás de deberes; se les dan ejemplos perniciosos, y se va despertando en la juventud, esa sed insaciable, ese sentimiento perniciosísimo por los goces materiales, por el paganismo; causa poderosa, fecunda y funestísima del envilecimiento de los pueblos y naciones. Y así que hombres grandes, qué madres modelos tendrá la patria en lo futuro?

Los maridos, ¡ah! los maridos, son incapaces de contener el aluvión que se les viene encima, por el lujo, por los gastos que demanda la vida de distracciones, por la corrupción y prostitución que, cual polvo sutil, se cierne por el aire en los hogares, y acaban por envilecerse, por degradarse, por cometer crímenes horripiladores; de aquí la ruina de la sociedad, de la patria, de la política, de esa ciencia del buen gobierno; de aquí que la política ha degenerado en impolítica de aquí que la hipocresía sea la esencia, el alma de esta.

¡Ah! Señores, ya peino cana, ya me acerco al borde de la tumba; y por lo mismo, ahora, que por una incidencia se ha puesto la palabra en mis labios, he de hablar con franqueza, con la franqueza, con que habla el hijo que se irrita, con justicia, para defender los fueros de su madre, a la cual se la vilipendia, se la ultraja y hasta se pretende degradarla.

Desterremos de la patria a la incredulidad, sobre todo a la incredulidad por conveniencia; desterramos al servilismo rastrero, a la ociosidad, al lujo, al militarismo en cuanto cometa actos torpes y traidores, a la ciega ambición de oro en todas las clases sociales, desde el clero hasta el más ínfimo de los ciudadanos; a la ambición de mando en los aventureros, a la demacrada prostitución, al juego destructor, convertido hoy en fuente de producción en la República, dizque para la educación de la juventud, a la que el juego prostituye y daña, a la embriaguez envilecedora, al necio orgullo que ha despreciado los oficios, las artes, procuremos que todos los aprendan en la mejor época de la juventud, así tendremos inventores, y el ocio huirá del suelo patrio; desterramos, Señores, a la hipocresía política, al medio disfrazado con el ropaje del valor, a la injusticia, a la falta de respeto por el derecho de propiedad sea cual fuere su poseedor; a la venganza de los partidos políticos. No notáis que no fue siquiera ecuatoriano, el primer mandatario de la República, y que por eso, en nuestras efemérides se ostentan dos banderas cosa impropia de un pueblo grande? ¡Ah, Señores, la bandera tricolor nos recuerda gloriosos hechos, hazañas portentosas; ahí, en esa insignia bendita, veo a Bolívar, a Sucre; en la de blanco y azul no veo sino el término de una tiranía, la guerra de hermanos. No existiría tiranía sino hubiera quienes la sustenten y siempre esto

es una afrenta para la patria. Guardémonos de exhibir trofeos que no sean de inmarcesible gloria. Tiranos son los hijos de la patria que se disfrazan con el ropaje hermoso de la libertad. Sí, con el ropaje he dicho de la libertad. Los partidos impolíticos se disfrazan, los verdaderos hijos de la patria, nunca.

Se disfrazó Veintemilla invocando la libertad; comenzó padre y acabó tirano. Pretendió ser dictador en este pueblo, que ama a Dios, a la libertad, abnegado, sacrificado y trabajador; en este pueblo manso como la paloma, pero cuyo despertar es el de león herido. Si, Veintemilla, el Capitán General, como él se llamaba, se disfrazó, y disfrazado derrocó al Gobierno popular del Dr. Borrero, precisamente, porque el Dr. Borrero no era *tirano como García Moreno*, y lo derrocó alegando que este Magistrado no amaba la libertad, que no era liberal como él; mas, el disfrazado acabó por quitarse la máscara, se proclamó dictador, irrogando así un afrentoso bofetón a su patria. ¡Cuántas vidas, cuánta sangre, cuántas lágrimas, cuántas viudas, cuántos huérfanos costó al país el librarse de esa afrenta. Así no fue García Moreno. El Capitán General, no se hubiera atrevido con él!

Pero hay más, Señores, el vate azuayo, el cantor sublime, el hombre de buenas costumbres, el de inteligencia clara, el honrado por excelencia, el Sr. Dr. Luis Cordero; no fue tirano, a nadie se le ha ocurrido darle tal calificativo como se ha hecho con García Morono sin que le cuadre; y qué le pasó al Dr. Cordero? que los disfrazados también le hicieron la revolución, y le obligaron a renunciar el mando. Hubiera acontecido esto con el tirano García Moreno? Y después que pasó. Sobrevinieron una serie de disfrazados, de farzantes. ¡Huelga recordar, Señores, que no hemos presenciado sino horrores dignos de que se avergüence una cafrería!

Carecemos de unidad en religión, en raza, en lengua; de unidad de principios sobre derechos y moral, sobre deberes, y preceptos; de aquí la inseguridad, la desunión, el combate sin tregua de todos contra todos. Siempre hemos sido partidarios del oportunismo, si nos afiliamos a un partido, a un candidato, no es porque querramos el bien de la patria, sino por el provecho que podemos sacar; hemos estado sujetos a constantes cambios en las instituciones: unas veces legislamos en nombre de Dios,

otras en nombre del pueblo llamado por burla soberano, si tuviera franqueza diría en nombre del diablo; lo que sancionábamos ayer, en las leyes, lo derogamos hoy; lo que respetábamos ayer lo atacamos con furor ahora; sancionamos la pena de muerte para los grandes crímenes y para los contumaces perturbadores de la paz pública hoy, y esa sanción la derogamos mañana dejando en la impunidad los crímenes; por todo esto es imposible que nuestras instituciones sean capaces de inspirar confianza, y de aquí que la traición, el servilismo, los cuartelazos, sean el alma de la impolítica, (no de la política,) que nos ha regido.

El orden se cimenta en la Religión, en las leyes de la moral: el desorden se deriva de la ruina de la Religión, de las ideas morales y de las buenas costumbres. Si no tenemos unidad de raza, como puede ser la sangre vínculo poderoso de unión?, además, supuesto de que nuestra raza fue una, acaso la sangre no es como lava volcánica que de súbito, las más de las veces, sin el menor motivo, revienta tempestuosa causando terribles conmociones? El dinero puede ser vínculo de unión?; mas, no estamos viendo que por el dinero se rompen los vínculos más sagrados, y que hasta se venden, como en almoneda pública, los afectos más caros del corazón?, Serán vínculos de unión la libertad, la igualdad, la fraternidad? pero, no estamos observando que los que más alarde hacen de proclamar estos derechos son los que más dividen a la humanidad para explotarla inmisericordes? Un gran pensador ha dicho: «los pueblos que más se precian de libres, de gozar de igualdad y de fraternidad, son los que más carecen de estos bienes:» y en efecto, cuando estamos en tinieblas nos preocupa la luz; cuando tenemos sed, el agua; cuando carecemos de pan y estamos hambrientos clamamos por él. No tenemos libertad, y, precisamente, porque no la tenemos, vivamos a la libertad; si la tuviésemos, estaríamos tranquilos, reposados, trabajando por nuestro provecho y el de la patria, amándonos los unos a los otros como hijos dignos de una misma madre. Pero que ¡los partidos políticos más parecen que son hijos de diversas y contrarias madres!

Si fuéramos libres, si en la República, desde la época colonial, no se hubieran infiltrado los males ya apuntados, no hubieran erigido su trono en la patria el servilismo el militarismo, el fanatismo o partidarismo

político, ni los abusos cometidos a la sombra de la augusta religión, por algunos de los que han debido ser sus más ardientes guardianes, defensores y propagadores.

Señores: Los malos sacerdotes, los malos militares, son como aquel animal acuático de que nos habla Víctor Hugo: «Cefalópodo, sin esqueleto ni aletas, y con muchos tentáculos provistos de dos filas de ventosas para adherirse a los objetos». Y lo más raro, lo más extraordinario, lo más terrible, en este animal, es que, cuando nada, derrama en el agua un líquido de su mismo color que no permite que se lo vea. Los militares traidores, los sacerdotes ambiciosos, son los pulpos que han sangrado al país hasta dejarlo en ruinas. Llor a los buenos sacerdotes que tenemos; Llor a los militares pundonorosos, y abnegados con que cuenta la República. Cai-ga la bendición de la patria sobre los buenos sacerdotes y militares; anatematizados sean los que no cumplan con los nobles ideales de su encantadora y benéfica misión.

El fanatismo político o partidarismo es otro de los males sociales que tenemos de lamentar. Política es ciencia o conjunto de principios que enseñan cómo se gobierna bien un pueblo, cómo se han de dictar leyes y reglamentos sabios para mantener la seguridad y tranquilidad pública, y conservar el orden y buenas costumbres.

Los hombres de bien deben tomar parte activa, eficaz, interesarse por la política, huyendo de la impolítica su contraria. Porque no tenemos política, porque ni siquiera la conocemos, carecemos de vías de comunicación para otros lugares de la costa, desde la época de la colonia, a virtud de oposiciones y manejos injustos; porque no conocemos la política existe entre nosotros el destructor provincialismo; porque no conocemos la política, han surgido partidos diametralmente opuestos, que en vez de luchar gloriosamente, por manifestar su competencia y habilidad para engrandecer la patria, sólo tienen tendencia irresistible de aniquilarse y destruirse.

El un partido aparenta incredulidad, proscribiera a Dios y sus preceptos de las leyes, de las costumbres, de las escuelas y colegios; legisla en nombre del rey de burlas llamado soberano, el pueblo, al que envilece cargándolo, contra su voluntad, de impuestos; matándolo de hambre. El otro partido cree en Dios, en la moral, en las buenas costumbres, no aplaude, antes condena la revolución; pe-

ro sus sanos principios no los pone en práctica, resultando de aquí que la patria es la que sufre; su progreso, su adelanto, no sólo se estanca, sino que se hace imposible. Lo que el un partido realiza cuando está en el poder, el otro lo deshace cuando escala el poder. Y todo esto, por qué? porque ambos a dos, prescinden en el gobierno de lo que constituye su base esencial, como son: la Religión, la moral, las buenas costumbres, el respeto por la autoridad; y sólo miran a su provecho, al del partido, al enriquecimiento de los adictos a la causa, El oro, el interés, corrompen a los partidos; hacen desaparecer en ellos el sentimiento de la dignidad, el de la abnegación, el del sacrificio por la patria, que son causas del patriotismo. Por esto no sólo los partidos son contrarios, sino que dentro de un mismo partido nacen rivalidades ruines, ambiciones desatentadas, personalismos incomprensibles. Si se trata de salvar a la patria, esta se queda sin salvación, porque cada uno de los miembros que componen un partido se cree con derecho para salvarla él sólo, siempre que los demás se le sometan incondicionalmente. Y esto es patriotismo? es esto política?

El don de la libertad, don preciado que recibimos de nuestros mayores, no puede ser duradero sin Religión, sin moral, sin buenas costumbres; por tanto liberales y conservadores hemos de respetar estas columnas de la libertad; los unos, los conservadores, deben ser los centinelas activos de su conservación; los otros, los liberales, llamados están a adquirir, con el don de la libertad, todos los bienes que de él son consecuencia. Así no existiría la ruin y mezquina rivalidad de los dos partidos; así la existencia de ambos sería indispensable para el progreso y engrandecimiento de la patria; pero sin religión, prescindiendo de ella, proscribiéndola del corazón de la niñez, del de la juventud, y del corazón mismo del pueblo, cómo podemos esperar el engrandecimiento de la patria? Estas bases deben ser reconocidas por los partidos, respetadas; pues, constituyen la felicidad social.

Suponiendo (supuesto imposible por cierto) que se pudiera prescindir de lo que constituye la base de la libertad, los partidos políticos, deberían al menos respetar los derechos de su contrario, y contribuir, en proporción, al ejercicio de ellos, con los dineros que el estado suministra para satisfacer las necesidades públicas. Así estaría bien

que existan colegios en donde se prescindiera de la enseñanza religiosa, pero deberían existir colegios en donde se enseñe religión, costeándose los unos y los otros con los fondos del Estado; pues, tan ciudadanos de la patria son los creyentes como los incrédulos y no existe razón alguna política para irrogar daño a uno de ellos cuando el otro impera. Pero esto no acontece entre nosotros, precisamente, porque no somos políticos sino impolíticos por excelencia, somos el modelo tipo de la impolítica.

Liberales y conservadores debemos anteponer el bienestar de la Patria a cualquier otra cosa; debemos estar dispuestos a perderlo todo por la Patria antes de sacrificar sus intereses en lo más mínimo; debemos tener corazón para amarla; entonces aquel de los dos partidos que sobrepuje al otro en la adquisición de estas prendas, ese sería el verdadero triunfador, el hijo predilecto de su madre, el que mirara por su honra y dignidad estimulando al otro a hacer lo propio, a seguir su ejemplo, y entonces, en vez de versar las luchas de los partidos sobre materias incontrovertibles; en vez de luchas estériles, versarían las contiendas de los partidos sobre materias dignas de dar honor y gloria a nuestra madre común la Patria.

Mucho trabajan los enemigos de nuestra Patria por dividirnos, avergonzémonos de haberles dado gusto, y, cual dignos hijos de esclarecida y dignísima madre, démosnos un abrazo fraternal; tengamos presente que la unión de los hijos es grandeza que redundará en gloria de la madre. Entonces, unidos, en vez de estar arrojándonos, mutuamente, inmundicia al rostro, reconoceríamos a los grandes hombres de la Patria, a los genios que ella misma ha producido; entonces no se dirá que somos un pueblo de pigmeos: sin hombres en la historia, sin hombres en lo presente y sin hombres en el porvenir; que se nos dió la libertad; y que si bien fuimos en un tiempo la Luz de la América, esa luz se ha extinguido por nuestra vileza, por nuestra desidia, por nuestra criminal desunión y por perjuros de los sanos principios que son la base de toda Nación poderosa: Religión, moralidad, buenas costumbres, irrestricto y digno respeto a la autoridad. Entonces, Señores, dejará de ser, como se cree que es, utópico, el Gobierno Nacional, y pasará a ocupar el puesto de la utopía, que bien lo merece, el gobierno de

partido, el gobierno de secta, el gobierno personalista que tan amargos frutos ha dado a la Patria.

Y cuáles, son, Señores, las causas trascendentales, poderosas, remotas y próximas, de tantos males que han afligido a la República del Ecuador, desde el tiempo de la colonia? Cuáles?

En primer lugar la falta de propia sabiduría y luego la falta de buen sentido y experiencia. No hemos querido aprovecharnos de la experiencia ajena, no hemos prestado atención alguna al modo cómo se han constituido y gobernado las Naciones poderosas y grandes que nos han precedido en la existencia. Ahí tenemos, por ejemplo a la Nación Romana.

Numa Pompilio, legislador romano, fue elegido por el Senado, para suceder a Rómulo, fundador del imperio. Numa, en el gobierno de su pueblo, se condujo así: se dedicó al estudio de las leyes y del culto religioso. Los romanos eran, naturalmente, feroces e indóciles, se hacía indispensable ponerles un freno. Entonces Numa les inspiró dos afectos: el de la ley y el de los dioses. Persuadido de esta verdad tan importante, tan trascendental, de tan fecundas consecuencias, de los labios del renombrado filósofo Plutarco brotó esta máxima: "Más fácil es construir un edificio en el aire, que fundar una República sin religión".

Numa Pompilio puso atención en el culto religioso para así obtener el bienestar de su Patria, cuyos ciudadanos eran feroces e indóciles por naturaleza. No tenemos nosotros la región oriental? y suponiendo que no la tuviéramos, nuestros defectos, nuestros vicios, no son también feroces e indóciles por naturaleza? No será necesario un freno? Numa Pompilio erigió un templo a la buena fe y el juramento en nombre de esta nueva divinidad era el más sagrado de todos. Con mandatarios como Numa, con mandatarios como Justiniano el Grande, fue como Roma se constituyó y como llegó a ser la Señora y dueña del mundo. La legislación romana es la base de todas las modernas; luz purísima se encuentra en ella. Justicia basada en la moral brilla en los preceptos de la misma! qué respeto por el matrimonio, cómo no se osa prescindir en su celebración de la intervención de los ministros de los dioses, ellos y sólo ellos, debían solemnizarlo, bendecirlo.

De dónde aprendió el pueblo romano su arte y fuerza política tan admirable? Paréceme que oigo a los legisladores romanos que nos dicen: La base de la República, el manantial de fuerza de un pueblo, el origen del derecho, la prenda de garantía de la paz, la duración del bienestar social, no son otros que la fe en los dioses y el respeto de la religión; y sino, oigamos a Plinio el joven, cónsul ante el Senado, cuando pronunciaba en el mismo recinto el panegírico del emperador Trajano:

Padres Conscriptos: Costumbre sabia es, transmitida por nuestros antepasados, el consagrar nuestros discursos y acciones, invocando desde luego a los inmortales, ya que la asistencia, la inspiración de los dioses y los honores que les tributamos, son los únicos que pueden asegurar la justicia y el éxito de las empresas humanas. Pero quién debe ser más religioso observador de esta costumbre que un cónsul? Y en qué ocasión debe serle más fiel que cuando por orden del Senado y en nombre de la República, está encargado de ofrecer acciones de gracias al mejor de todos los príncipes?"

Roma decae con los Tiberio, los Nerón, éstos gobiernan a Roma cuando ya no hay respeto por los dioses cuando los goces del paganismo debilitan a la juventud, cuando las bacanales se multiplican, cuando el pueblo desatendía al ejercicio de sus derechos por los alhagos que le brindaban los tiranos. Cuando Roma se había prostituído, entonces fué cuando Catón el joven exclamaba: "Llamamos liberalidad a las larguezas que hacemos con el dinero de otro y valor a la audacia del crimen, y así hasta hemos olvidado el nombre de las cosas". Estas palabras de Catón, no nos son aplicables? A qué hemos dado el nombre de beneficencia? No estamos viendo que las corporaciones locales, llaman patriotismo al acto de beber, bailar y divertirse con los dineros del pueblo en las efemérides gloriosas de la Patria? Qué les importa el pueblo, el soberano? allá se les haya, que lo exploten con la luz, con el agua, con los vehículos de locomoción; nosotros, al goce, que este es acto de verdadero patriotismo.

Nuestros Convencionales para constituir al país, nuestros legisladores para dictar leyes no se acuerdan para nada de Roma; ni cómo se han de acordar? si el latín fue abolido por inútil, por torpe, por ser lengua de

frailes, ¡lástima de García Moreno, a los de la abolición ya los hubiera fusilado! Sin latín vamos a tener grandes jurisconsultos, grandes médicos, grandes químicos, y botánicos, etc., sabios a manojos.

Pero dejemos a Roma, pasemos a la Francia, a la Francia en prosperidad, no a la Francia en decadencia. La Francia cuando observaba las leyes de la moral, cuando la Religión era respetada, cuando tenía buenas costumbres, llegó a la gloria. Voltaire dijo: "Tal es la debilidad del género humano, tal su perversidad, que es mejor para él, sin duda, ser subyugado por todas las supersticiones posibles, con tal que no sean demasiado dañosas que vivir sin religión. El hombre siempre necesita de un freno, y aunque sea ridículo hacer sacrificios a las Náyades o Silvanas; es más útil adorar a estas imágenes fantásticas que caer en el ateísmo".

El inimitable D. Juan Montalvo en su precioso artículo, "Sermón del Padre Juna", dice: "Amor de Dios es afección compuesta de todas las afecciones puras, amor de Dios es conjunto de virtudes y bellezas que por sí sólo compone el mundo invisible, que en armonioso mutismo está girando en la órbita de los espíritus celestiales; amor de Dios es amor a la verdad, amor a la virtud, amor al prójimo, amor a la naturaleza, amor a la Patria; las virtudes son todas hijas del amor de Dios y este amor comunica fuerzas superiores a la naturaleza humana, todas nuestras afecciones bien dirigidas, puestas en movimiento con fines laudables, encierran el amor de Dios. La inclinación del Juez recto a la justicia, la pasión del filósofo por la verdad, las conexiones invisibles del poeta con la hermosura, el bello ideal del mundo, todo es amor de Dios: y este amor tanta cabida tiene en pecho de reyes y emperadores, como en el de rústicos y gañanes".

Ahora bien, Señores, si no se legisla en nombre de Dios, podrán ser las leyes expresión de la verdad, de la justicia, de la virtud, del amor al pueblo; si de la escuela y del colegio, se proscriben la religión que nos hace conocer a Dios, cómo podrán nuestros niños y jóvenes llegar a ser veraces, virtuosos, amantes de sus conciudadanos y justos? Precisamente, porque Dios ha sido desterrado de la ley y de los planteles de educación, no hay esperanza de que la Patria mejore, y parece que por esto

ha sido abolida la pena capital para los crímenes que van aumentando en proporción alarmante. Y a propósito de la abolición de la pena de muerte veamos lo que nos dice el admirable Juan Montalvo, digno de todo nuestro cariño.

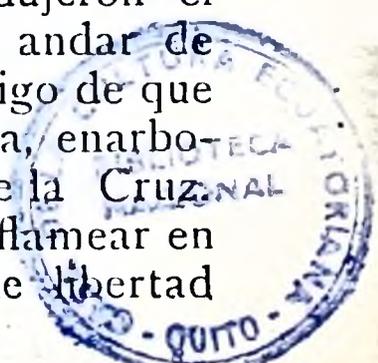
“Los liberales a todo trance van sin duda a poner en cuarentena nuestros principios. Los que son liberales no por meditación, no por convicción, sino por ese flujo de serlo que trae dementados a los jóvenes de ciertas Repúblicas argonautas, esos, decimos, no sufren que uno sea liberal conforme con los dictados de la razón y los consejos de la experiencia: lo ha de ser rompiendo por todo género de consideraciones, o pasa por retrógrado, clerical confesador, aunque no se confiese. Sabéis cuando hemos de abolir la pena capital? Cuando a fuerza de virtudes por haberlas enseñado y practicado, cuando a fuerza de luces y buenas costumbres, hayamos conseguido la extirpación de la traición, el incendio, el sacrilegio, el homicidio. Para entonces, ¡oh liberales!, contad con el voto de este vuestro servidor y amigo. Mas, si cayere en nuestras manos el negro que mató al compañero de Bolívar en Jamaica, por matar a Bolívar mismo; al blanco que mandó asesinar en Berruecos a Antonio José de Sucre; al malvado que dió de puñaladas en París a Monseñor Sibour; al monstruo que envenenó al Arzobispo de Quito, colgadlos sin consultarnos; colgadlos cual a otros Zuázolas, y recibiréis la bendición de la Justicia.” Y luego el mismo liberal de convicción, el que nos habla del amor de Dios, el que admira al sacerdote modelo, al continuar tratando de la abolición de la pena capital nos dice:

“Las Naciones que cuentan mil años de civilización y experiencia, no han abolido la pena capital: Alemania, la Gran Bretaña, todas las tienen consignadas en sus Códigos para los crímenes. Los Estados Unidos, casi todos la abolieron en sus constituciones particulares, todos la han restablecido después de una dolorosa experiencia; y nadie dirá que los Estados del Norte no son liberales. Si carecemos de sabiduría propia, atengámonos a la ajena, a la de los pueblos más aptos que nosotros. La ninfa Egeria de Numa era un genio que resultaba del buen sentido y de la experiencia”.

Así era el sentir de los pocos y buenos liberales de esos tiempos; de esos liberales que creían en Dios, que amaban la virtud y las buenas costumbres; más los de estos tiempos, los voladores como los llama Montalvo, han hecho burla de la Religión, procurando introducir división en el pueblo hasta respecto de este único y poderoso lazo de unión que tenemos, estos son los liberales voladores, los disfrazados.

Cómo podremos tener en lo futuro hombres de importancia, hombres de ciencia, de virtud, de patriotismo, que miren por los fueros de la Patria? Ni siquiera tenemos un buen Código de Policía que inculque buenos hábitos, respeto a la propiedad, interés por las cosas públicas. No veis cómo se dañan y despedazan los objetos destinados al uso público? no notáis ese sinnúmero de ociosos en las calles y lo peor niños? Indudablemente, se deja sentir la falta de buenas costumbres.

Concluiré: La paloma mensajera rompió su vuelo del viejo mundo en busca de ignoradas tierras, y al encontrarlas, en una de sus islas, hincó dos estandartes: el de la poderosa España y el estandarte de gloria y de redención eternas: la Cruz. La América, puesta al abrigo de los dos estandartes, debía, a no dudarlo, llegar a ser la porción más predilecta de la tierra; pero, desgraciadamente, España, la Patria de las heroicas acciones, la patria de la fe, la patria de los inmortales Fernando e Isabel, de Pelayo, de Gonzalo, del vencedor de Lepanto, de Cervantes, de Lope y de todo ese conjunto admirable de Santos, sabios, de políticos, de vates, etc., no pudo dedicarse como debía al gobierno de sus colonias, a causa de las múltiples atenciones que demanda el poderío. Por esto, a esta tierra, salvo raras excepciones, vinieron un sinnúmero de aventureros audaces, que no acariciaban otra ambición que la de poseer oro. Por eso las insignias de grandeza clavadas por Colón no produjeron el fruto que debían producir. Resultó, pues, al andar de los tiempos, que los colonos no sintiendo el abrigo de que habían menester; proclamaron su independencia, enarbolando dos estandartes: el de la libertad y el de la Cruz. Vuelve nuevamente el estandarte de la Cruz a flamear en tierra Americana, en esta tierra que tenía sed de libertad y de fe, sed de libertad y virtudes.



Salva Cruce, liber esto fue el lema que se oía en calles y plazas, aquí en esta ciudad llamada con justicia Luz de un continente, y el lema mismo estaba indicando que la libertad y la Cruz lejos de ser incompatibles, se sustentan con primor. La Cruz engendra virtudes y por estas se engrandecen los pueblos.

La Cruz, Señores, según Montesquie, es: el solar de todas las virtudes, la filosofía de todos los siglos, la base de las buenas costumbres privadas y públicas; la rueda principal en el mecanismo de la máquina política, el único motivo de acción, más fuerte que el interés, más universal que el honor, más eficaz que el patriotismo, pues es causa de éste; la prenda que responde a los Gobiernos de la fidelidad de los súbditos y a éstos de la justicia de aquellos, el consuelo de los hombres, y finalmente, la cadena de oro que suspende la tierra del trono del Eterno."

Porque desde nuestra independencia no hemos salvado la Cruz, gemimos por la serie de desgracias que se ciernen sobre la Patria, sobre la sociedad y los hogares. Todas las clases sociales empeñémosnos en salvar las buenas costumbres, la moral, el respeto a la autoridad, en una palabra, la Religión, y habremos salvado a la Patria.

Perdonad, Señores, mi osadía: sólo vuestra benevolencia ha podido ser causa para que tome la palabra y especialmente, para que con mi débil inteligencia me haya atrevido a tocar de García Moreno y del estandarte que significa redención y gloria de los pueblos.